

Por la puerta de la fe

Texto: Hebreos 11:1.

Introducción

1. La experiencia de ser salvo, justificado o considerado justo es una cuestión individual entre el pecador y Dios. No puede ser alcanzada ni recibida al procurarla. Hay solamente una puerta de entrada para esa experiencia: la puerta de la fe.

2. “La fe es la condición por la que Dios consideró justo ofrecer perdón a los pecadores; no que haya cualquier virtud en la fe, por la que la salvación se hace merecida, sino porque la fe puede apearse a los méritos de Cristo, el remedio provisto para el pecado” (*Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890).

3. A fin de confundir al pecador, muy junto a esa puerta, la de la fe, el enemigo de toda justicia colocó otra puerta, más amplia y más visible: la puerta de las obras.

La puerta de las obras

1. A través de esa puerta, muchos peregrinos que están camino a la Canaán celestial se extravián; inconscientemente, toman la vereda que conduce a la perdición. Tarde o temprano, descubrirán que las vestiduras de la justicia propia no son más que “trapos de inmundicia” (Isa. 64:6).

a) Cuántos hay que están perdiendo el cielo, como consecuencia de pensar que deben alcanzarlo realizando algo meritorio a fin de obtener el favor de Dios. Buscan ser mejores por sus propios esfuerzos. Pero, jamás lo conseguirán.

2. Otros “parecen pensar que Jesús vendrá hasta ellos en el último momento de su lucha, y los ayudará agregándoles el toque final a su propio esfuerzo. Parece difícil comprender que Cristo es un Salvador completo, capaz de salvar totalmente a todos quienes ven a Dios por medio de él” (*ibíd.*, 5 de marzo de 1890).

Reconocer su condición

1. Sin la gracia de Jesús, el pecador está en una condición de desesperación; nada puede hacer. Pero, mediante la gracia de Cristo, un poder sobrenatural le es concedido; poder que opera en la mente, en el corazón y en el carácter. De esa manera, el pecado es discernido en su odiosa naturaleza.

2. Sin embargo, ¿qué es ese “poder sobrenatural”? Es un poder muy superior a cualquier cosa que resida en el ser humano. Está más allá de cualquier cosa a la que nos podamos apegar en este mundo. Es todo el poder “en el Cielo y en la Tierra”, que Cristo declaró que había recibido.

a) Ese es el mismo poder sobrenatural que Jesús comunica a sus hijos, y que opera en la mente y el corazón de cada uno de ellos.

3. No obstante, esa obra maravillosa de transformación no es realizada sin el consentimiento y la decisión del pecador. El ejercicio de la fe es nuestra parte en la gran transición por la que los pecadores nos transformamos en santos. Y debemos recordar que no hay ninguna virtud salvadora en la fe, en sí misma, que transforme al pecador en un ser que merezca la salvación. Únicamente Cristo es el “remedio” provisto para

el pecado. La fe, el acto por el cual el desesperanzado pecador intentar alcanzar el remedio.

a) “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8, 9).

La fe demanda acción

1. Entrar por la puerta de la fe, en la plenitud de la justicia imputada, atribuida y comunicada, involucra más que un mero asentimiento mental a las provisiones ofrecidas por Dios.

2. La fe debe ser el umbral a través del cual la persona se apropia de la gracia que la purifica.

3. Para superar ese portal, necesitamos completar ciertos requisitos:

a) *Cesar la práctica de todo pecado conocido.*

“Nadie puede colocarse las vestimentas de la justicia de Cristo practicando pecados conocidos o dejando de lado deberes conocidos. Dios requiere una entera entrega del corazón antes de que la justificación tenga lugar” (*ibíd.*, 4 de noviembre de 1890).

b) *Estar dispuesto a pagar el precio.*

“La salvación [...] es la perla de gran precio. En la parábola, el negociante es representado como vendiendo todo lo que poseía para conseguir la posesión de una perla de gran valor (Mat. 13:45, 46). Esta es una bella representación de los que aprecian la verdad tan altamente que sitúan el Reino de Dios en primer lugar en la vida” (*ibíd.*, 8 de agosto de 1899).

c) *Renunciar totalmente a los malos hábitos.*

“Hay algunos que están buscando la buena perla, pero no realizan una renuncia completa de sus malos hábitos. No mueren al propio yo, para que Cristo viva en ellos. Por eso, no encuentran la preciosa perla” (*ibíd.*)

d) *Que el poder de la voluntad coopere con Dios.*

“El Señor no tiene por designio que el poder de nuestra voluntad sea paralizado; pero, en cooperación con Dios, ese poder puede ser eficaz para el bien” (*ibíd.*, 1º de noviembre de 1892).

4. Si seguimos esas orientaciones, reconocemos nuestra lamentable condición y comprendemos que, por nosotros, mismos nada podemos hacer, pero sí por la fe en los méritos de Cristo; entonces, ¡el poder del Espíritu Santo será concedido; y el pecado, vencido!

Conclusión

1. Experimentemos la alegría de la salvación, y día a día veamos en nuestra vida la realidad de *la victoria que vence al mundo, nuestra fe*. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1).

2. No descansenos hasta que hayamos entrado plenamente por la puerta de la fe, valiéndonos de la maravillosa experiencia del perdón, de la justificación y de la paz en Cristo. ◀

Pr. Arthur G. Daniells,
ex presidente de la Asociación General.